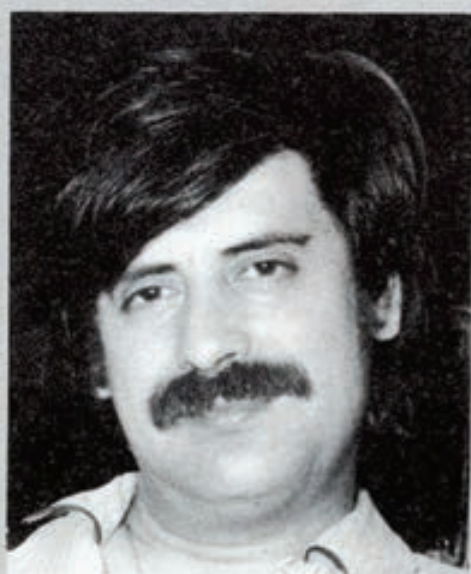


A VUELTAS CON EL LIBRO ROJO DEL COLE



Por
FERNANDO PARIENTE

Así llegó el escándalo

Pocas de cal y muchas de arena

Sexo y droga, una visión muy particular

La reforma de la escuela

Recetas que no educan

CON cierto retraso, pero al fin, ha llegado a mis manos el famoso *Libro rojo del Cole*. Claro que en esta edición que he manejado el título no es exactamente ese, pero como tampoco en ella coincide el rótulo de la portada con el que encabeza las páginas interiores, se puede deducir que la del título es una cuestión que no preocupa demasiado a los desconocidos traductores-adaptadores del texto.

Mi ejemplar se titula *El libro rojo de los escolares* y en las páginas interiores se le añade el calificativo de *pequeño*. Tiene un aire rústico e improvisado, como de edición de andar por casa, y, no sé por qué, me recuerda los librillos del catecismo, que nos hacían aprender de memoria en nuestros tiernos años mozos..., sólo que éste es un poco más grueso, algo más ladrillo, diría yo; y esta impresión queda corroborada por el color teja de las cartulinas de las tapas. Completa el conjunto externo un dibujo de comic con trazo lineal limpio y vigoroso: un iracundo muchachito, algo bajito, pero con un brazo larguísimo, obsequia a un viejo profesor, circunspecto y asombrado, con un expresivo «corte de manga». Cualquiera que haya sido el dibujante, ha captado con bastante exactitud el sentido del texto y ha sabido leer con claridad entre líneas.

El interior ofrece unas páginas apretadas, con letra de máquina de escribir; las condiciones de la edición pueden hacer disculpable bastantes errores de acentuación y alguna que otra falta de ortografía; varios islotes recuadrados presentan unas máximas que concentran las intenciones fundamentales del texto. Dibujos muy pocos; simplemente para introducir cada capítulo.

Así llegó el escándalo

DURANTE la discusión en el Congreso del Estatuto de Centros Escolares *El pequeño libro rojo del Cole* se convirtió en noticia de primera página. Hacia ya algún tiempo que circulaba por ahí en la edición que acabo de describir, pero la editorial Nueva Cultura lanzó otra distinta y algunos ejemplares del libro fueron distribuidos por varios centros de Madrid, formando parte de un lote que donaba el Ayuntamiento. El suceso adquirió dimensiones de escándalo y se utilizó a veces para etiquetar de irresponsables, educativamente hablando, o de mantenedores de oscurísimas intenciones a los partidos políticos responsables de la política municipal, que eran quienes estaban planteando la batalla contra el Estatuto de Centros en el seno del Parlamento.

Sin entrar en la discusión de si se trató o no de una zancadilla política y pasado un prudente margen de tiempo de los acontecimientos, creo necesario que nos enfrentemos con la realidad de lo que el libro es en sí mismo, por la trascendencia que puede tener y por la difusión subterránea, pero sospecho que amplia, que está teniendo.

Pocas de cal y muchas de arena

DESDE el punto de vista del contenido, el libro comienza exponiendo unas ideas muy aceptables sobre lo que es el aprendizaje, quién es su protagonista, cómo se produce, etc. El estilo es incisivo, ágil, adaptado al ritmo de los lectores adolescentes. Un único «pero» se me ocurre a estas primeras páginas: el análisis y la des-

cripción de la escuela, de sus métodos y de los profesores parece hecha hace muchos años. Las cosas no van del todo bien en la enseñanza, pero no cabe duda de que las actitudes que se describen pertenecen al pasado y son ya caricaturas estereotipadas de la realidad. Parece como si los adultos autores del libro, los daneses Soren Hausen y Jesper Jensen, tuviesen más ante sus ojos la escuela que ellos vivieron y sufrieron en su infancia, que la realidad que tienen ante ellos en la actualidad.

Una aclaración me parece importante tras haber citado a los autores. Es que uno no sabe a punto fijo, qué es lo que dicen de verdad ellos y qué es de la cosecha del traductor-adaptador. Incluso puede surgir la sospecha de que el texto esté bastante manipulado. Desde luego, el contenido de la carta prólogo deja más claro en el texto un talante y un objetivo manipulador. La necesidad de disculparse por ser adulto y dirigirse a niños proviene del prologuista y en ella se encierra, más que la ilógica idea de que la infancia deba ser autónoma, un cierto complejo de culpabilidad porque el libro es sobre todo directivista. Gracias a Dios un niño podría escribir muchas cosas sobre su escuela, pero creo coincidiría poco en el tono y sobre todo con la intención del libro rojo del Cole.

La situación, a lo peor, no ha variado mucho de hecho, pero no es ya normal que un profesor piense que «es una pérdida de tiempo permitir a los alumnos aprender cosas por su cuenta», o que «es bueno que una parte del trabajo que dan a los alumnos sea pesada», o «que encuentren perfectamente inútil explicar a los alumnos la razón por la que deben aprender determinada cosa». Todo esto no responde ya más que a lugares comunes que no describen de ningún modo la forma de pensar y de entender la educación del nivel medio del estamento docente.

A partir de aquí, y a medida que el libro avanza, va haciéndose sutilmente más agresivo. Del describir pasa al enjuiciar, al eti-

quetar, al adjudicar intenciones:... y aun aconsejar actitudes con frecuencia desequilibradas y extremosas.

«Para quitarse de encima las responsabilidades y hacerte sentir que es culpa tuya si no aprendes lo suficiente en la escuela, los profesores te ponen deberes para hacer en casa».

Las citas pueden ser innumerables y no vale la pena insistir en ellas. El libro, poco a poco, se convierte en algo triste, desolador y no precisamente por lo que tiene de provocación a la rebeldía, porque desde la rebeldía se puede construir mucho, sino por lo que tiene de subjetividad malsana en su punto de partida, de psicología de adulto amargado que manipula juveniles descontentos.

Una visión desencantada y negativa de la escuela se adivina en el fondo del autor y aflora continuamente a la superficie. El libro es fruto de un resentimiento, de mucha inquina y bastante bilis almacenada a lo largo de los días.

Un deseo de revancha, una insatisfacción radical emana continuamente de sus juicios. No hay un objetivo de mejora, de reconstrucción o de sustitución por algo mejor, sino la simple intención de echar por tierra desde una actitud ácrata, fundamentada, unas veces, en una concepción completamente individualista y relativista de la realidad, y, otras veces, en las tácticas colectivistas del activismo revolucionario y la movilización de masas. Y lo peor del caso es que esta actitud va unida a un dogmatismo en el juicio, a una simplicidad en el análisis que se convierte en algo peligroso. Posturas y realidades que existen, pero que son parciales, se convierten en sus páginas en algo general. Afirmaciones que, quizá puedan ser aplicables a personas concretas, pasan a ser etiquetas aplicadas a casi toda la profesión. La imagen del profesor oscila desde la ingenuidad bienintencionada, pero impotente, rayana en la bobaliconería, a la intransigencia con ciertos ribetes de sadismo, inmovilismo y ramplonería intelectual.

Sexo y droga

DOS capítulos intermedios se ocupan de dos temas que superan el marco escolar: la sexualidad y la droga. Ambos problemas están enfocados desde un punto de vista individualista y amoral. El tema del sexo es, quizá, el que más ha molestado en su formulación a una sociedad, como la nuestra, cuya tradición cultural y religiosa enfoca de un modo muy distinto estas cuestiones.

Sin embargo, el tratamiento dado al tema de la droga es más positivo, porque su objetividad no moralista presenta con eficacia los riesgos reales del consumo de la mayor parte de los variantes de droga que comienzan a invadir el mundo de los adolescentes. Los autores se sitúan al margen, no toman partido y el resultado es una sensación de objetividad frente al tema, aunque es clara la desdramatización del uso de las drogas llamadas blandas.

La reforma de la escuela

EN fin, el libro tiene muchos inconvenientes y con razón está prohibido no sólo en nuestro país, sino también en otros países europeos. No merecería la pena que le tomásemos en consideración, si no fuera por la notoriedad que ha adquirido y por cierta intención de convertirse en una especie de «vademecum» del estudiante.

La verdadera reforma de la escuela no pasa por los procedimientos que preconiza. Rebajar el umbral de la conflictividad, conta-

giándola a las aulas de los Institutos y de los Colegios, que es en definitiva el fruto más claro que el «Libro rojo de los escolares» podría producir, no va a contribuir más que a enrarecer el ambiente y a dificultar aún más la evolución. La escuela necesita cambios muy profundos y los estudiantes tienen que aportar muchos elementos de renovación, pero no es a través de la confrontación y del deterioro de las instituciones cómo debe conseguirse el cambio, sino por medio de la reflexión, de la asunción de las propias responsabilidades y de la colaboración de todas las fuerzas implicadas en la tarea.

Perfeccionar el sistema escolar no se consigue con más huelgas, sino con más y mejores profesores, con más y mejores instalaciones y con más y mejores medios didácticos. Las cosas no se pueden nunca arreglar simplemente exigiendo que sean mejores, por mucho énfasis que se ponga en la exigencia, sino arbitrando las condiciones necesarias para que el cambio y la mejora se produzca. Hay quien cree que por emplear la coacción, por tener un acceso más fácil a medidas más violentas, se va conseguir mejor el efecto que se busca y lo único que ocurre es que se produce un desgaste progresivo que empeora aún más la situación. No se puede permitir de ninguna manera que se quemé a la generación que está pasando ahora por nuestras aulas; no son los niños en la calle, ni en rebeldía dentro de las aulas, quienes tienen que ser motores del cambio, sino el Gobierno y el Parlamento, por medio de la planificación y de las leyes.

Recetas que no educan

POR lo que respecta a la educación de los alumnos, poco puede conseguirse con la actitud directivista que toman los autores del libro, y que desemboca en una serie de recetas encaminadas casi siempre a la praxis, liberando al adolescente

de la tarea de reflexionar, enjuiciar y buscar soluciones por sí mismo. Las actitudes individualistas, hedonistas y rebeldes están reforzadas, pero en casi todo momento está evitado el juicio crítico personal, el análisis de los numerosos aspectos que presentan los problemas que se tocan, la reflexión y sobre todo los propios objetivos, la valoración y revisión de los argumentos que pueden esgrimir las posturas contrarias. No es una obra que eduque para la rebeldía, que fomente la crítica y que produzca una postura de revisión de estructuras sociales, por más que aparentemente lo parezca. Es simplemente una guía práctica, un manual de conductas, en el que están más minuciosamente detallados los comportamientos reivindicativos y las estrategias para manejar los conflictos.

«Desconfiad de los profesores que pretenden discutir con vosotros el «pequeño libro rojo», advierte a sus lectores el mismo libro. Hay en la admonición bastantes dosis de dogmatismo, que puede producir una cierta sonrisa al adulto que lo lea; pero podría ocurrir, que, si el libro ha caído ya en manos de alguno de mis alumnos, cosa bastante probable, por otra parte, pagara yo con grandes dosis de desconfianza la osadía de haber rechazado y condenado la aportación que pueda significar para la escuela este «pequeño libro». Claro, que también puede darse la circunstancia de que a mi alumno no le guste demasiado que le digan lo que tiene que hacer y de quién tiene que desconfiar. Eso espero... y en ello confío.